

A woman with long dark hair, wearing a black sleeveless dress, is shown from the back, looking over her shoulder. Her hands are raised to her hair. In the background, a white car is crushed and mangled, suggesting a severe accident. The scene is dimly lit, with a bed and pillows visible in the lower right.

A veces las lecciones más importantes de la vida son las que nos llegan de la manera más difícil.

¡MÁTAME, SI PUEDES!

Sandra Estévez Calvar

La jefa de policía Keira Morrison, una mujer con gran prestigio profesional, es emplazada para investigar la cronología de un doble asesinato sin resolver en la ciudad londinense de Dartford. Los hechos habían sucedido diez años atrás. El vehículo del matrimonio Evans salió de la carretera y habían fallecido los dos. Todo apuntaba a que había sido un accidente fortuito pero el investigador Harry Atwater no lo creía así, y cuando estaba dispuesto a desenmascarar a todos los implicados, con todo lo que eso conllevaba, sufrió un accidente muy parecido al de la pareja y el juez dio la orden de archivar el caso.

De esa nueva y trepidante investigación emergerá un episodio del pasado en el que varias personas en búsqueda de la verdad, se verán envueltas en una trama de celos y rabia.

Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Sigue brillando,
que nada ni nadie apague tu luz.

1

Había reservado una habitación en uno de los mejores hoteles de lujo situado en el condado de Conwy, en el norte de Gales. La decoración del inmueble era de estilo romano con fachada victoriana. Los suelos eran de mármol y los muebles de madera antigua. De las paredes colgaban obras de arte pintadas con acuarela y de los techos vertían luz unas sofisticadas lámparas de bronce en forma de cúpula.

La *suite* era muy espaciosa, elegante y señorial. El baño estaba acabado en mármol italiano con ciertos accesorios chapados en oro.

Después de la acalorada conversación que habían mantenido, en la que él había acabado reconociendo que se había equivocado, en la que le había pedido perdón y una nueva oportunidad para estar juntos y demostrarle que podía contar con él para todo lo que apareciese a partir de aquel momento, decidieron pasar unos días juntos, lejos de Londres. El lugar lo acordaron en el mismo coche, mientras hablaban, pactando mantenerlo en secreto.

Ella se había encargado de hacer la reserva mientras él conducía. Iban sin equipaje, solamente con lo puesto, aunque la joven sabía que el propio hotel contaba con varias tiendas de ropa en la planta baja, tanto masculina como femenina.

Ambos estaban ansiosos por verse desnudos, por tocarse y disfrutar del sexo. Habían pasado tantos años que, esta nueva cita, sería como volver a empezar, descubrir lo que

le gustaba a la otra persona, experimentar nuevas sensaciones.

Había anochecido y empezaba a llover. Tras aparcar en la parte trasera del hotel, el hombre le dijo que entrase ella para hacer el *check-in* mientras él hacía unas llamadas urgentes. Su teléfono no había parado de sonar durante todo el viaje. No solía fumar mucho, solo cuando acudía a algún club o evento social, pero sintió la necesidad de inhalar el humo de un cigarrillo. Aprovechó ese momento de distensión para dar una vuelta por las inmediaciones e inspeccionar por si hubiese algunas cámaras que lo estuviesen grabando. Encontró una entrada en la parte trasera del edificio pero estaba cerrada.

Abrió la puerta del maletero y, tras comprobar que estaba todo en la bolsa, entró en el vehículo para cambiar su aspecto, ocultando el pelo con la peluca y encima de esta una visera, se puso unas cejas postizas, un bigote y se cubrió las manos con unos guantes negros de piel. Al salir se vio en el cristal del coche y se alegró de que la persona que veía reflejada no se pareciese a él en nada. Guardó en la bolsa varias cosas más que le interesaban, comprobó la hora en el reloj y extrajo una caja de herramientas que estaba vacía y en la que introdujo la bolsa.

Seguramente ella se habría dado una ducha y lo estaría esperando desnuda para tener sexo salvaje toda la noche. También cabía la posibilidad de que estuviese hablando por teléfono y, pese a que le había dicho que esa escapada la mantendrían en secreto, existía el riesgo de que llamase a alguno de los hombres que trabajaban para ella y le avisara de que estaría fuera unos días. Tendría que haberle sacado el móvil, pero eso haría que desconfiara y, por el momento, necesitaba que se fiara de él. Durante ese ínterin, la joven le había enviado innumerables mensajes de contenido erótico y sexual. Parecía estar impaciente por tenerlo entre sus piernas.

Antes de entrar la llamó para que le dijese el número de habitación y le comentó que pidiese que subieran champán. Al colarse en el hotel se dirigió al ascensor que utilizaba el personal de servicio. Iba vestido con un mono de trabajo, como los que utilizaban las empresas que hacen trabajos de mantenimiento en la mayoría de los hoteles de la zona, por lo que no llamó la atención de ningún recepcionista. Los pasillos tenían cámaras, viéndose obligado a buscar las zonas ciegas. Allí se deshizo del mono y del resto de accesorios y volvió a guardarlos en la caja. Por suerte la joven estaba en el *jacuzzi* así que no tuvo que buscar una excusa sobre lo que llevaba en la caja. El personal de servicio había dejado un carrito con el champán y unas pastas.

Se desnudó y entró en el baño. Ella estaba en la bañera, con la cabeza apoyada en uno de los dos reposacabezas que esta tenía. Se sentía como una diosa.

—Hola, chico malo —dijo ella con una expresión seductora. Al verla desnuda la virilidad del varón se había hecho patente.

Le tendió una mano.

Él entró con cuidado y se colocó frente a ella, la cual tomó la iniciativa sin esperar. Lo agarró del pelo y lo besó con intensidad y desesperación, mordisqueando sus labios mientras rodeaba su cintura con las piernas. Sus pechos operados estaban duros como el acero.

—Quiero gozar —susurró ella, dirigiéndole una mirada aviesa mientras rodeaba su miembro con dedos juguetones, friccionándolo con fogosidad.

Pese a tener otras intenciones, la efusividad de la chica y aquellos ojos turbios de deseo lo habían excitado demasiado, y un deseo embriagador lo estaba cegando. No podía abstraerse, él también quería saciar el hambre de sexo. La protuberancia de su enorme miembro la atrapó con brusquedad, de una estocada, llenándola por completo. La chica gritaba groserías al tiempo que gemía y jadeaba ahogadamente. El placer los hizo estremecer hasta que le dio

la vuelta y puso sus manos en las caderas de ella para entrar y salir de su interior. La ensartó una última vez hasta que una oleada cegadora de placer los acometió. Se oyeron sus resuellos hasta que ella volvió a la acción y se lo llevó a la habitación. Estaban mojados, pero les dio igual. La chica empezó a jugar con su sexo, dejándolo al límite del placer. Lo empujó al diván, un mueble de madera de roble y lino gris oscuro.

—Voy a hacerte todo lo que no pude durante estos años que estuvimos separados —murmuró en su oído.

Hizo que se sentara y empezó a practicar sexo oral y, cuando lo tuvo suficientemente excitado, se colocó enfrente, con las piernas ampliamente abiertas y apretando su cuerpo contra el de él y permitiendo que este chupara sus pezones. Luego le dio la espalda, dejando que el chico la cogiera de la cintura para afianzar las penetraciones. Él se recostó hacia atrás y ella masajeó su clítoris mientras movía las caderas con vigorosidad. Sus pechos saltaban hasta que llegaron juntos al orgasmo.

—¿Recuerdas la primera vez que hicimos el amor? —preguntó, con expresión de loba y dando un azote en la nalga del chico—. Yo sí. Los dos éramos unos críos —lo miró con picardía—. Lo bien que lo pasamos, sin inhibiciones en la cama, ¡verdad! Brindemos por esos momentos y por los que vendrán a partir de ahora.

Se levantó y tiró de la mano del chico.

—Brindemos por nosotros y por lo que vendrá a partir de esta noche —propuso él. Su mirada era prometedora.

Alzaron las copas y las hicieron sonar. Después de repetir varias veces hasta acabar la botella, volvieron a la cama para seguir dando rienda suelta al deseo hasta hacerse añicos y quedarse dormidos. Cuando supo que estaba profundamente amodorrada e impulsado por su demonio interior, se sentó sobre el cuerpo de la joven, cogió una almohada y cubrió la cabeza de la chica con ella, que se despertó asustada y buscando oxígeno. Tuvo que ejercer una fuerza des-

comunal para que se moviera lo mínimo, pues la joven, en un reflejo de supervivencia, no dejaba de agitarse. Apretó más fuerte. No quería ver su cara de pánico al no poder soltarse del agarre y coger oxígeno. Sabía, porque lo había consultado en internet, que las víctimas de asfixia primero mostraban resistencia, luego entraban en la fase de anemia cerebral, es decir, se desmayaban, y acababan falleciendo. Entre la primera fase y la última pasaban menos de cinco minutos.

En cuanto vio que había pasado el tiempo estipulado se apartó de su lado. ¡Lo acababa de hacer y no se lo creía! Inquieto, se llevó las manos a la parte trasera de la cabeza y comenzó a dar vueltas por la habitación. Era tarde para retractarse, había dado un salto al vacío y no había vuelta atrás. Ella estaba muerta y él tenía que dejarlo todo bien atado para que nada lo relacionara con esa muerte. ¿Cuál era el siguiente paso? El pecho le palpitaba desbocado. Empezó a rebobinar. Unos días antes lo había consultado y estudiado todo. Tenía que limpiar la escena del crimen. Según decían los expertos, los delincuentes eran como animales; iban dejando huellas que después ellos encontraban. Siguiendo un ritual, se puso unos guantes quirúrgicos, fue al baño y lo limpió con una bayeta, que había llevado en la bolsa, y lejíja, tiró de la cisterna y derramó en ella un buen chorro del líquido desinfectante. A continuación, y procurando hacer el mínimo ruido posible, hizo lo mismo en el diván y guardó su copa en la bolsa. Era una prueba que contenía sus huellas. Como pudo, pues el cuerpo de la mujer estaba tendido sobre la cama, arrancó las sábanas, la funda de la almohada donde se había acostado él y la colcha. Las dejaría en el carrito de la limpieza que había visto en la entrada del pasillo. Allí había más y estas las metería por debajo. Volvió a mirar a la chica. Sus cabellos estaban desparramados de cualquier forma sobre el colchón. El cuerpo podía guardar pruebas relevantes que lo podían incriminar así que la cogió en brazos y la introdujo en la ba-

ñera, la cual llenó de agua muy caliente con lejía. Al acabar, guardó en la bolsa la ropa que la chica llevaba puesta: un vestido marrón con lunares blancos, la ropa interior, los botines de piel y, para el final, dejó el bolso y el móvil. Este último intentó desbloquearlo, pero pedía la huella dactilar de la chica. Se acercó al baño, le secó las manos con una toalla y fue probando con sus dedos hasta que dio con el que tenía predefinido. Tal y como había sospechado antes de entrar en el hotel, la chica había llamado a varias personas y una de ellas era el gorila que trabajaba para ella. Revisó las fotos y en ninguna aparecía él, tampoco en mensajes. Tras apagarlo lo despedazó con la idea de tirarlo en algún sitio lejos de allí y de Londres.

Una vez comprobó que lo tenía todo atado y había limpiado todo lo que recordaba haber tocado, se puso la ropa que se había sacado al llegar a la habitación y, por encima de esta, el buzo. Se fijó en la hora. Eran más de las cuatro y había terminado. Echó un último vistazo, por si se le había pasado algo por alto y lo único que vio, fuera de lugar, fue el cuerpo inerte de la chica, flotando en el agua. Pronto aparecería la rigidez cadavérica y signos de cianosis en la cabeza y las manos debido a la falta de fluido sanguíneo y el aumento de hemoglobina.

Con los guantes de piel cerró la puerta, salió de la estancia y utilizó el ascensor de servicio. El hombre que estaba en recepción vio que salía del elevador. A aquellas horas era imposible que hubiese gente haciendo reparaciones en las habitaciones o en las zonas comunes así que llamó su atención, pero el joven siguió andando, sin atender al llamamiento. En cuanto estuvo fuera, apuró el paso hasta llegar al coche. No podía arriesgarse más, no podía permitir que lo viesan, pese a ir disfrazado. Arrancó el vehículo y partió, dirección Londres. El trabajo que lo había llegado a Gales, había concluido.

2

Seis meses antes...

Se sentó en el nuevo y mullido sofá que había pedido que instalaran en su despacho situado en la planta alta de la vivienda. La chimenea desprendía el calor suficiente como para trabajar de manera cómoda durante todo el día. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa que tenía frente a los pies y frotó los ojos insistentemente. Llevaba varias horas trabajando sobre un guión nuevo que la mantenía apartada de los líos de sus dos hermanos, pese a los ruidos habituales de la gente que trabajaba en la casa y las interrupciones de Daisy.

El despacho olía a flores frescas que solía comprar personalmente en el mercado. Rosas, lirios y lavanda. Tras el sofá estaba una gran y ornamentada ventana francesa cuyo marco llegaba al suelo, típica del siglo XVII en las casas coloniales, y que a ella le encantaba por el aporte de luz natural a esa estancia y porque daba una sensación de mayor amplitud.

El crepitar de la chimenea hizo que se envolviese en la sofisticada y esponjosa manta de piel que tenía doblada en el otro extremo del sofá. Le fascinaban esos momentos de calma y silencio. Disponía de muy poco tiempo libre, pero se había impuesto una norma diaria: disfrutar de al menos quince minutos de placidez en el sofá o en su banco preferido del lago. Normalmente el teléfono móvil quedaba sobre la mesa del escritorio, en silencio, apagaba la pantalla

del ordenador para que ningún ruido la distrajese y también la PDA.

El sonido de unos nudillos en la puerta de su despacho hizo que abriese los ojos y se incorporase.

—¿Holgazaneando otra vez? —dijo la mujer que entró. Sus tacones pisaban fuerte sobre el suelo de madera—. Cada vez que entro en este despacho te encuentro postrada en ese sofá. ¿No te aburres con tanto silencio y tanta paz? Querida, al menos pon algo de música.

—Pues no, querida hermana, y alguien tiene que trabajar en esta familia, ¿no crees?

El gato que dormitaba a sus pies se movió al escuchar la voz de Alison. La relación entre ambos todavía no había fraguado. Ella odiaba los gatos y se conocía que el animal lo había captado al poco tiempo de ser adoptado por Holly.

—Sí, por supuesto, querida. Me levanto temprano para ir al GYM, luego toca tomar café con las chicas para ponernos al día —se llevó la melena hacia atrás presumiendo de estar demasiado ocupada. Para ella la vida social era lo más importante—. El tiempo no me da para más.

—Me hago cargo de la situación —agitó la cabeza—. Tanto estrés no es bueno. Debes acabar el día saturada —atajó Holly—. ¿Querías algo más de mí aparte de decirme que soy una vaga?

Su hermana no había trabajado nunca ni tampoco había querido formarse. Con tan solo veintidós años había contraído matrimonio con Milton, el hijo de unos amigos de sus padres. Ambas familias lo habían hablado al poco de nacer y habían crecido con ese estigma.

—Venía a preguntarte si también has recibido la invitación para la fiesta de los Miller. Es este fin de semana.

Holly dio varios pasos hasta llegar al escritorio de madera de nogal y remates de bronce, y localizó el sobre que había recibido días atrás. Se trataba de una gala benéfica en la mansión de esa familia en la que se recaudaban fondos para fomentar la investigación de enfermedades raras. La

única condición, como en casi todas las galas de ese tipo, era que antes de asistir, cada invitado debía transferir quinientas libras en la cuenta que aparecía en la invitación.

—Aquí la tengo.

Volvió a dejarla sobre la mesa con desgana.

—Chica, lo dices como si fuese algo nimio. Te recuerdo que asistiré lo mejor de lo mejor —formuló tras ver la poca energía de su hermana—. Mañana tengo la prueba del vestido. Tiene que ser sorprendente... como siempre —expresó con un gran brillo en los ojos—. Qué me dices del tuyo. Deberías engordar un poco para que te sentaran mejor. Estás esquelética.

—Me probaré alguno del armario de mamá. No tengo tiempo para ir de compras —comentó, elevando los hombros sin darle demasiada importancia al acontecimiento. El gato dio un salto para acomodarse entre sus brazos.

—¡Estás loca! Sabes que acuden políticos, deportistas, famosos y personalidades de la alta sociedad, tanto inglesa como del resto del mundo. —Alison se sentó frente a la hermana y cruzó las piernas con suma elegancia—. Si estás dispuesta a hacer el ridículo, adelante. Yo he quedado con Theo, como siempre. Si quieres le digo que busque algo para ti.

—No, gracias. No tengo cabeza para eso y sí muchísimo trabajo. Lo importante en estos casos es colaborar. Hay que decirle a Curtis que haga el ingreso en esa cuenta. ¿Te encargas tú de hablar con él? —suspiró mientras Tora ronroneaba sobre sus piernas.

—Ese argumento sería justamente lo que habría dicho nuestra madre de estar viva. Lo importante es colaborar, para eso es una gala benéfica, pero ello no quita que acudamos bien vestidas y seamos el centro de atención. La ocasión requiere estrenar vestuario y lucir, de manera radiante, alguna de las joyas que nos dejó nuestra querida madre —se levantó con la habitual mirada de inquieta soñadora—. Yo se lo diré a Curtis y deja de acariciar a ese bi-

chejo, que, para colmo, es negro. ¿No sabes que los gatos negros traen mala suerte?

—Eso es un falso mito, Alison. Los gatos nos ayudan a mejorar nuestro estado físico y mental pues alivian el estrés y hacen que seamos menos negativos. ¿Sabías que el 83% de las personas que tienen un gato en casa se sienten menos solas?

La hermana agitó la cabeza.

—Definitivamente pasar tantas horas encerrada en el laboratorio y en este despacho, te está afectando al cerebelo o como se llame eso que tienes ahí dentro —subrayó Alison antes de abandonar la estancia y señalando la mollera con un dedo.

Holly dejó caer la cabeza en el respaldo del sillón unos minutos antes de proseguir con el trabajo. Todavía había tiempo para elegir el vestido ideal para esa gala benéfica. Su progenitora siempre había tenido muy buen gusto a la hora de vestir y sus ropas nunca pasaban de moda. Estaba convencida de que en su ropero encontraría el atuendo perfecto dado que usaba la misma talla que su madre cuando estaba soltera.

Encendió la pantalla del ordenador, su PDA y colocó el teléfono móvil a mano. Estaba lista para seguir con su trabajo antes de ser nuevamente interrumpida.